

POESIA MENOR



CONCEPTISMO

(Opiniones del hombre de la calle)

Haciéndome eco de la corriente de sinceridad a que tanto se alienta a la juventud de ahora, quiero exponer mi humilde pensamiento en lo que se refiere al estado de la poesía actual. Entendiendo por tal las publicaciones que ordinariamente aparecen en periódicos y revistas y que solemos leer los aficionados a cualquier manifestación artística.

A mí me parece paradójico que la poesía se convierta en una especialidad. Que, para poder comprender un poema de los muchos que actualmente se publican, haya que hacer un gigantesco esfuerzo mental en ordenar las ideas metafísicas que bailan entre frases de escaso sentido, y llegar a captar, cuando se llega, la idea que quiso expresar el autor. La poesía no es como las matemáticas o la filosofía, que necesitan una preparación escalonada de lenguaje y de contenido para ir pasando de unos conceptos a otros.

La poesía es innata al hombre sensible. Puede germinar incluso en una mente torpe pero de exquisita delicadeza. No debe exigir el poeta que adivinemos sus pensamientos con los datos que nos suministren unas oscuras: imágenes a veces, sin conexión visible con la idea que las motivó. Por el contrario, el poeta debe *transmitir* al lector, o al menos intentarlo, su emoción espiritual, la vibración sentimental que el pensamiento que expone ha producido en él. ¡Qué cómodo resulta decirle al lector: «Es que yo hago la poesía para mí», como a veces se ha oído comentar! Y cabría preguntarles: «Entonces, ¿por qué las publicas?».

Qué tristeza me causa ver —y lo he contemplado muchas veces— cómo personas de aguda sensibilidad para el arte abandonan con un encogimiento de hombros el libro de versos o la publicación poética, al topar con la primera estrofa ya incoherente, conceptuosa y oscura. Y el que me sepa entender, sabe que el abogar por una poesía más clara, más sencilla, ¡más sincera!, no supone emparentar con el verso cursi o facilito.

Y es que apenas que se aliente (y el último número de *AYER Y HOY* lo hace) por crear un mundo más poético, más hermoso, si los mismos poetas, egoístas que escriben para sí mismos, trabajan despreocupando millones de almas sensibles, que podrían ser paladines de su poesía si ésta fuera más diáfana, más valiente.

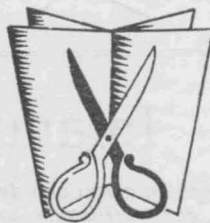
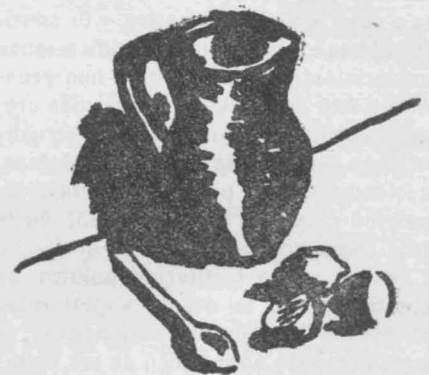
GONZALO PAYO SUBIZA

Se nos ocurre opinar aquí que la exégesis moderna, aquejada de trascendentalismo, ha descuidado sobremanera, e inexplicablemente, comentar esa rama menor de la poesía —la literatura de las canciones al uso— que tanta influencia ejerce, por su facilidad conceptual y extraordinaria difusión sobre las masas. Es obvio que a los versificadores fáciles que trabajan para los músicos, y que operan constreñidos por las exigencias métricas de la melodía a la que deben servir, no se les puede aplicar el rigor crítico con que se intenta la valoración de la poesía autónoma. Pero no cabe duda de que ese género menor, ese moderno «mester de juglaría», se elabora con arreglo a unas intenciones artísticas, y que es por lo tanto de la competencia de la crítica literaria señalar las excelencias de tal cual letrilla de canción y sobre todo, poner en la picota a la inmensa mayoría de estupideces versificadas que se nos obliga a escuchar arropadas con la buena o mediana música ligera de cada época.

Los de la generación de «après-guerre» solemos sonreír piadosamente, o bufar indignados, al escuchar los dramáticos seriales o aquellas flojas humoradas que servían de argumento a las canciones que hacen parpadear de nostalgia a nuestros padres: aquellas historietas de modistillas seducidas por estudiantes calaveras y que luego iban y —¡paf!— sepultaban en el pecho del malvado la hoja albaceteña; de cigarreras que se casaban con camareros que luego llegaban a matadores de toros y que terminaban corneados y cubiertos de heridas «mortales»; o de viejos verdes con bisoñé que se sofocaban bailando el fox-trot con tunantonas ¡Aquellos tiempos del cuplé...! Vayan benditos de Dios. Pero la truculencia, casi siempre ingenua e inconsistente, y la endeble picardía de aquellas dichosas letrillas aguantan perfectamente, y esto es lo lamentable, la comparación con las insoportables tabarras psicológicas de los «blues» contemporáneos: con esas composiciones mucilagosas en las que los caminos de dos vidas coinciden o se separan; en las que varones que perdonan beorean de nostalgia sexual, o en las que dos psicologías indiscriminadas manifiestan que les da lo mismo que se hunda el mundo mientras ellas puedan permanecer unidas en una simbiosis mema.

A todo lo anterior se podría oponer quizá que la cuestión es escasamente trascendente de por sí; que la Música es la Música y la musiquilla es la musiquilla, del mismo modo que la Poesía es una cosa y la literatura de las canciones otra. Pero es que incluso las artes menores vienen obligadas, en el sentir de algunos, a auto-disciplinarse. Ellas informan, en grado mucho más apreciable que las mayores, el gusto y aun la ética popular; las canciones ligeras son uno de los datos que más fielmente caracterizan a una época pasada, y nos parece que no es ningún despropósito pedir a los también literatos que componen las actuales que procuren servir a su arte con un mínimo exigible de honradez profesional. Por lo menos, por respeto a la generalmente no mala música, del brazo de la cual dan a conocer sus engendros.

«VIRGILIO»



PALABRAS DE PRESTADO

...«Mientras las Universidades carecen de todo —espacio, libros, material—, cualquier burócrata de segundo orden dispone de espacio, comodidad y aun lujo; magníficos despachos, confort, muebles suntuosos; para eso siempre hay dinero. Y para la planificación enfática, también. Los programas utópicos prosperan, a veces en peligrosa oposición a la economía y a la prudencia. Creo que son muchas las gentes que, en el mundo, se preguntan en silencio por qué no se emplean en resolver situaciones humanas concretas y actuales esas ingentes cantidades de miles de millones destinados a la utópica búsqueda de caminos hacia la Luna o a Marte. La utopía y la técnica, delirantes de magia y soberbia, están embriagando a la humanidad. Los Estados se embalan en los despilfarros de estas competiciones, dirigidas por un especialismo deshumanizado, y desatienden la realidad de la vida de los hombres de hoy, los de «aquí», y «ahora», cuya bondad y cuya felicidad deberían ser las normales preocupaciones de los gobernantes. Planificación abstracta, futurismo a ultranza, sueños utópicos y, en tanto, incomodidad, miseria, inseguridad y terror para el hombre concreto».

ENRIQUE LAFUENTE FERRARI (De «A. B. C.», de Madrid).